

convento hasta que dejaron la congregación naciente en un alto grado de fervor. Y veinte años después, cuando Luis XIV quiso purgar del Jansenismo, si era posible, á la tan famosa abadía de Port-Royal, ¿á quién confió este difícil encargo, que el mismo Bossuet no había podido cumplir? A las Hijas de San Francisco de Sales también. Y si el éxito no fué completo, al menos alcanzaron de las religiosas de Port-Royal que eligieran por Superiora á una mujer de talento, y la única que no estaba contaminada con el Jansenismo; acerca de lo cual, si se reflexiona un poco, teniendo en cuenta las dificultades insuperables que había que vencer, sorprenderá que pudieran conseguirlo. Algún tiempo después, cuando Luis XIV, á ruegos de la señora de Maintenon, fundó la casa real de Saint-Cyr, y dió su dirección á las señoras de San Luis, á las Hijas de la santa Madre de Chantal fué también á quien se dirigió, á fin de que instruyesen á aquellas señoras en la vida regular y en las virtudes propias de su importante vocación.

Tales son algunos de los servicios que la Visitación empezaba á prestar en beneficio de la sociedad y de las almas, y que no ha dejado nunca de hacer después. En general se tiene una idea muy falsa de las religiosas claustradas. No se sabe hasta qué punto penetran, por decirlo así, sus raíces en el mundo. Desde el fondo de estas casas cerradas, y de sus locutorios, comunican con una porción de almas, á quienes iluminan, consuelan, animan, y sobre las cuales hacen caer sin cesar mil rayos de sol y mil gotas de rocío. Si de esto se duda, no hay más que leer su correspondencia. Algunas cartas se han coleccionado. ¡Qué diversidad de personas, de negocios, de intereses! Véase en particular la correspondencia de la santa Madre de Chantal, esa inmensa y magnífica colección esparcida en todas las bibliotecas y en todos los monasterios. Aquí es

donde se revela la preciosa y admirable influencia de los Santos en este mundo. A la humilde Madre de Chantal, que todo lo había dejado por Dios, y á quien tanto se había criticado porque iba á enterrarse—decían—haciendo inútiles sus talentos y virtudes; le escribían los Príncipes y Princesas para pedirle consejo y encomendarse á sus oraciones; los Obispos la consultaban acerca del modo de gobernar sus diócesis; los sacerdotes le confiaban la dirección de sus conciencias; los escritores sometían sus obras á su examen. Muchas almas tristes ó expuestas, ó atormentadas de pasiones, ó devoradas del amor divino, solicitaban su apoyo y sus consejos. Brillaba por entre las rejas de su convento, como el sol á través de las ramas de los árboles en un bosque; pero á diferencia del sol, se agotaba dándose; su inmensa correspondencia la abrumaba. Hacia el año de 1631, cerca de la época á que hemos llegado en el decurso de esta historia, la santa Madre de Chantal no se sintió ya con fuerzas para llevar esta carga, que se aumentaba todos los días, y pensó en escoger una Hermana que estuviese á su lado para hacer las funciones de secretaria.

Dios, que había bendecido con tantas gracias á esta Orden naciente, iba á darle otra prueba de su protección con un beneficio de valor inestimable; iba á darle un historiador de estilo tan amable como los hechos que debía contar, de una imaginación tan graciosa como las figuras que debía pintar. Le hemos tomado mucho presiado, y desempeñó en la historia de la Visitación un papel demasiado hermoso para que renunciemos al gusto de darla á conocer.

Era de una noble familia de Borgoña, y en el mundo era conocida por la señorita de Chaugy. San Francisco de Sales, que había comido con ella un día en casa del Mariscal de San Geran, había adivinado su espíritu y su corazón. En los postres, tomando una manzana, se



la dió á la señorita de Chaugy. «Yo sé—le dijo sonriendo—que á las jóvenes les gustan los requiebros.» Después añadió: «Un día seréis de las nuestras;» predicción que durante muchos años no parecía deberse cumplir. Dotada de muchas buenas cualidades, de gracioso rostro, de una imaginación brillante, de un talento vivo y lleno de fuego, y poseyendo en alto grado el arte de hablar y de escribir, la señorita de Chaugy estaba á un tiempo deslumbrada y embriagada con la felicidad que el mundo le preparaba. Cuando apenas contaba diecisiete años, vió en casa de su padre á un joven de una antigua familia, de mucho talento, y tan aficionado como ella á la poesía y á la música. Le amó, y su padre aprobó esta inclinación. Un paso más adelante y ¿qué sería la predicción de San Francisco de Sales? Pero Dios velaba, y no había dejado engolfarse así en las felicidades del mundo á la señorita de Chaugy, sino para darla el mérito de un gran sacrificio.

La madre de la señorita de Chaugy rehusó su consentimiento para el matrimonio, y el joven partió para el ejército, en donde se hizo matar. El Sr. de Chaugy murió, y en pocos días aquel cielo tan puro se cubrió de nubes. Para consolarse en sus tristezas, y también para no estar con su madre, con quien no congeniaba, la señorita de Chaugy alcanzó permiso para entrar por algún tiempo en el monasterio de la Visitación de Paray. Allí vió á la venerable Madre de Chantal, su tía. La Santa comprendió á la primera ojeada cuántas tristezas inconsolables encerraba el corazón de esta joven, y le propuso ir con ella á la Visitación de Annecy. El deseo de cambiar de país y separarse de su madre, que le instaba á contraer un matrimonio poco en armonía con sus gustos, y la dicha de hacer el viaje á Saboya en compañía de una persona tan santa, determinaron á la joven para que aceptase la invitación. En su interior, no obstante, tenía horror á los conventos,

y se proponía de todas veras no ser nunca religiosa.

Ella misma nos cuenta los esfuerzos que tuvo que hacer para pasar el umbral del monasterio de Annecy. Invocó á San José á fin de ocultar su turbación, y renovó en el fondo de su alma el propósito de no estar mucho tiempo en el monasterio. Las Hermanas, por su parte, apenas la vieron, cuando enamoradas de su talento, empezaron á orar fervorosamente para alcanzar de Dios una conquista tan preciosa. La Madre de Chantal, sobre todo, á quien debían gustar más que á ninguna las relevantes prendas de la señorita de Chaugy, porque se le parecía en muchas cosas, deseaba ardentemente que se hiciera religiosa. «¡Ah!—decía—si Dios se hace dueño de su corazón, hará de él un instrumento para su gloria.» Y cuando encontraba á la señorita de Chaugy por la casa, le decía con mucho gracejo: «¿Cuándo dais audiencia á la gracia?» La señorita de Chaugy no tenía prisa. Componía hermosos versos y cánticos espirituales, hacía extractos magníficos de las pláticas que oía, y encantaba á las Hermanas con la riqueza y fecundidad de su talento, pero sin que por esto pudiese acallar la voz de Dios que principiaba á llamarla. Oía sin cesar en su interior esta pregunta: «¿Qué vale más, el mundo, ó el claustro?» Pregunta importuna que no podía acallar, y á la que no quería contestar. Hallándose en esta disposición de ánimo, vino un predicador al convento para hacer el panegírico de San Pedro y San Pablo. Alabando su obediencia, apostrofó vivamente á esas almas mercenarias que no se dan, que se hacen comprar, y que se atreven á comparar á Dios con el mundo.

Este fué el golpe de la gracia. La señorita de Chaugy, herida en el corazón y deshecha en llanto, fué á echarse á los pies de la Madre de Chantal, y le declaró que había terminado la lucha y que se daba por vencida. La Santa manifestó más alegría que sorpresa. Dios



se lo había mostrado con anticipación. «Pero—dijo—he querido mejor que supieseis vos misma la voluntad de Dios por el órgano del Espíritu Santo que por boca de una pecadora como yo.»

La señorita de Chaugy tomó el velo en el mes de Mayo de 1629, cinco años después de la muerte de San Francisco de Sales, recibiendo los nombres de Francisca Magdalena, y profesó al año siguiente. Poco después la eligió la Madre de Chantal por Secretaria, y ya no se separó de la Santa. La seguía en sus viajes, y escribía bajo su dictado. Las celdas de ambas estaban siempre juntas. Con tan íntimas relaciones con la venerable Fundadora, discípula de la Madre de Chatel, que la dirigió en su noviciado; de la Madre de Blonay, que fué después su Superiora y su amiga; de todas las primeras religiosas de la Visitación, con las cuales tuvo continuas relaciones; habiendo entrado en la Orden en el momento en que ésta exhalaba sus más suaves perfumes; colocada admirablemente para verlo todo y juzgarlo bien, la joven Secretaria comprendió el fin para que Dios la destinaba, que no era otro que el de transmitir á la posteridad la relación de tantos hechos encantadores ó heroicos, y tomó la pluma. Por rara dicha, ó más bien por una de esas delicadas disposiciones de la divina Providencia, esta joven religiosa era de la familia de los grandes escritores. Su estilo es admirable por su sencillez, imaginación y gracia. Si hubiera vivido en la corte de Luis XIV, hubiera escrito como su prima la Marquesa de Sevigné. Metida entre las montañas, encerrada en el fondo de un convento, sin relaciones con los buenos autores ni con sus ilustres contemporáneos, abrumada con demasiado trabajo para poder ocuparse en limar su estilo, y no proponiéndose, por otra parte, sino edificar á las religiosas, no pudo, ciertamente, evitar muchos defectos, como el ser difusa en la narración, usar un lenguaje algo místico, y de-

masiada sutileza en las alusiones y aplicación de los textos de la Santa Escritura. «No obstante esto, su talento es igual al de la Marquesa de Sevigné: la misma facilidad; la misma imaginación viva y fecunda; el mismo modo agradable de narrar, ora risueña, ora triste; sus giros elegantes; sus palabras oportunas; todo lo posee la religiosa, y, como la Marquesa, lo prodiga corriendo; tiene de menos que ésta la graciosa burla, y tiene de más el tierno ardor de la piedad» (1).

En cuanto la Hermana de Chaugy escribió una página, comprendió la Madre de Chantal la merced que Dios había hecho á su Orden. Llena entonces de presentimientos sobre su próximo fin, la Santa Fundadora recogía con mucho cuidado todo lo que tenía conexión con el origen de la Visitación, y asoció á su trabajo á la joven Hermana de Chaugy. Unas veces le dictaba horas enteras, y otras le contaba los hechos y le encargaba que los redactase. En todos los monasterios que visitaba, la empleaba en recoger notas y apuntes sobre el origen de cada monasterio en particular. En Annecy le dió orden de poner por escrito, pero con mucho sigilo, todos los actos de virtud que notase en las Madres de Chatel y de Blonay y en todas las demás religiosas. Cuando la Hermana de Chaugy concluía una Memoria, se la llevaba á la Santa, y ésta la leía, releía y corregía. Esto era una gran ventaja en cuanto á la exactitud, pero era también un grande inconveniente. La Santa no quería que se hablase de ella, y borraba sin reparo alguno cuanto era en alabanza suya. Muchas veces hacía poner de rodillas á la Hermana de Chaugy, y la reprendía agriamente por hablar así de una pecadora, mandándola que no volviese á escribir aquello. Felizmente no obligan tales mandatos. Cuanto más quería

---

(1) *Las primeras Madres de la Visitación.* Prefacio del Sr. Luis Veuillot.



ocultarse la Madre de Chantal, tanto más cuidado ponía la Hermana de Chaugy en escribir sus palabras y sus hechos. Pero se escondía para ello, y para evitar que la viesen las Hermanas, pasaba algunas veces las noches redactando estas notas, por lo que estuvo á pique de perder la vista. Alarmada la Madre de Chantal, consultó con un médico muy célebre, el cual declaró que si no se le daba un descanso completo, no curaría la enferma, y cegaría del todo. La Santa tenía una necesidad absoluta de su Secretaria. « Hija mía — la dijo una noche, — conozco que el médico tiene razón, pero yo no puedo pasar sin vuestra ayuda. ¿No querriais unir vuestras oraciones á las mías para que sean más pronto escuchadas? » Y con esto, haciendo la señal de la Cruz sobre los ojos de la enferma, la mandó que se acostase. Cuando empezaba á dormirse, se le apareció San Francisco de Sales, vestido de pontifical, y brillante de gloria. « Hija mía — le dijo, — Dios me envía para curaros, en atención á los servicios que espera de vos, y que haréis á nuestro Instituto. » Dichas estas palabras desapareció, y la Hermana de Chaugy se despertó con la vista perfectamente buena. Toda la comunidad fué al coro con la Madre de Chantal á la cabeza, y las Hermanas entonaron el hermoso cántico consagrado por la Iglesia para dar gracias á Dios (1).

La Hermana de Chaugy volvió á tomar la pluma; pero como su humildad igualaba á su mérito, jamás quiso consentir en que se publicase ninguna de las numerosas obras que compuso (2). Una sola vió la luz pública durante su vida, sin que ella lo supiese. Llevada á Roma, fué leída con aplauso por los Cardenales, y enseñada al Papa Alejandro VII, el cual, admirando el

(1) *Vida de la Madre de Chaugy*, 2 vol. en 8.º.—Orange, 1839.

(2) Muchas, no obstante, fueron impresas durante la vida de la Madre de Chaugy; pero solamente para las religiosas, y con orden de no enseñarlas al público.

talento de aquella humilde religiosa, la envió la orden para que se imprimiese. Las demás quedaron sepultadas en los monasterios, de donde este siglo, que desentierra tantas cosas, parece destinado á sacarlas.

Esta es la Madre de Chaugy. Es el Homero de la Visitación; un Homero gracioso y humilde como el poema que estaba destinada á cantar.

